

ansarones en el tamaño, y en el pico, que será dos palmos; y no mandan el de arriba, sino el bajero. Tienen un papo desde el pico al pecho, en que meten y engullen diez libras de peces y un cántaro de agua. Tornan fácilmente lo que comen. Oí decir que se tragó uno destes pájaros un negrillo de pocos meses nacido; mas no pudo volar con él; y así, lo tomaron. Al rededor de aquella laguna se erian infinitas liebres, conejos, monillos ó gatillos de muchos tamaños; puercos, venados, leones y tigres, y un animal dicho aiotochtli, no mayor que el gato; el cual tiene rostro de anadon, pies de puercos espin ó erizo, y cola larga. Está cubierto de conchas, que se encogen como escarcelas, donde se mete como galápago, y que parecen mucho cubiertas de caballo. Tiene cubierta la cola de conchuelas, y la cabeza de una testera de lo mismo, quedando fuera las orejas. Es, en fin, ni mas ni menos que caballo encubertado, y por eso lo llaman españoles el encubertado ó el armado, y los indios aiotochtli, que suena conejo de calabaza.

El buen recogimiento que Cortés halló en Sant Juan de Ulúa.

Embarcados que fueron, hicieron vela y navegaron al poniente lo mas junto á tierra que pudieron; tanto, que veían muy bien la gente que andaba por la costa; la cual, como es sin puertos, no hallaron donde poder surgir seguramente con navios gruesos hasta el juéves Santo, que llegaron á Sant Juan de Ulúa, que les pareció puerto, al cual los naturales de allí llaman Chalchicoeca. Allí paró la flota y echó anclas. Apenas fueron surtos, cuando luego vinieron dos acalles, que son como las canoas, en busca del capitán de aquellos navios; y como vieron las banderas y estandarte de la nao capitana, siguieron á ella. Preguntaron por el capitán, y como les fué mostrado, hicieron su reverencia, y dijeron que Teudilli, gobernador de aquella provincia, enviaba á saber qué gente y de dónde era aquella, á qué venia, qué buscaba, si queria parar allí ó pasar adelante. Cortés, aunque Aguilar no los entendió bien, les hizo entrar en la nao, agradeciéndoles su trabajo y venida, dióles colacion con vino y conservas, y díjoles que luego al otro día saldría á tierra á ver y hablar al Gobernador; al cual rogaba no se alborotase de su salida, que ningún daño haría con ella, sino mucho provecho y placer. Aquellos hombres tomaron ciertas cosillas de rescate, comieron y bebieron con tiento, sospechando mal, aunque les supo bien el vino; y por eso pidieron dello y de las conservas para el Gobernador; y con tanto, se volvieron. Otro día, que fué viérnes Santo, saltó Cortés en tierra con los bateles llenos de españoles, y luego hizo sacar la artillería y caballos, y poco á poco toda la gente de guerra y de servicio, que eran hasta docientos hombres de Cuba. Tomó el mejor sitio que les pareció entre aquellos arenales de la marina; y así, asentó real y se hizo fuerte; y los de Cuba, como hay por allí muchos árboles, hicieron de presto las chozas que menester fueron para todos, de rama. Luego vinieron muchos indios de un lugarejo allí cerca y de otros, al real de los españoles, á ver lo que nunca vieron, y traían oro para trocar por semejantes cosillas que habian llevado los de los acalles, y mucho pan y viandas guisadas á su modo

con ají, para dar ó vender á los nuestros; por lo cual les dieron los españoles contezuelas de vidrio, espejos, tijeras, cuchillos, alfileres y otras cosas tales; con que no poco alegres, se tornaron á sus casas y las mostraron á sus vecinos. Fué tanto el gozo y contento que todos aquellos simples hombres tomaron con aquellas cosillas que de rescate llevaron y vieron, que tambien volvieron luego al otro día, ellos y otros muchos, cargados de joyas de oro, de gallipavos, de pan, de fruta, de comida guisada, que bastescieron el ejército español; y llevaron por todo ello no muchos sartales ni agujas ni cintas; pero quedaron con ello tan pagados y ricos, que no se veían de placer y regocijo, y aun creían que habian engañado á los forasteros pensando que era el vidrio piedras finas. Visto por Cortés la mucha cantidad de oro que aquella gente traía y trocaba tan bobamente por dijes y niñerías, mandó pregonar en el real que ninguno tomase oro, so graves penas, sino que todos hiciesen que no lo conocían ó que no lo querían, porque no pareciese que era codicia, ni su intencion y venida á solo aquello encaminada; y así, disimulaba para ver qué cosa era aquella gran muestra de oro, y si lo hacían aquellos indios por probar si lo habian por ello. El domingo de Pascua luego por la mañana vino al real Teudilli, ó Quintaluar, como dicen algunos, de Cotosa, ocho leguas de allí, donde residía. Trajo consigo bien mas de cuatro mil hombres sin armas, empero los mas bien vestidos, y algunos con ropas de algodón, ricas á su costumbre; los otros casi desnudos, y cargados de cosas de comer, que fué una abundancia grande y extraña. Hizo su acatamiento al capitán Cortés, como ellos usan, quemando incienso y pajuelas tocadas en sangre de su mismo cuerpo. Presentóle aquellas vituallas, dióle ciertas joyas de oro, ricas y bien labradas, y otras cosas hechas de pluma, que no eran de menor artificio y extrañeza. Cortés lo abrazó y recibió muy alegremente; y saludando á los demás, le dió un sayo de seda, una medalla y collar de vidrio, muchos sartales, espejos, tijeras, aguejetas, ceñideros, camisas y tocadores, y otras quinquerías de cuero, lana y fierro, que son entre nosotros de muy poco valor, pero estimanlo aquellos en mucho.

Lo que habló Cortés á Teudilli, criado de Moteczuma.

Todo esto se habia hecho sin lengua, porque Jerónimo de Aguilar no entendía á estos indios, que eran de otro muy diverso lenguaje que no el que él sabía; de lo cual Cortés estaba con cuidado y pena, por faltarle faraute para entenderse con aquel gobernador y saber las cosas de aquella tierra; pero luego salió della, porque una de aquellas veinte mujeres que le dieron en Potonchan hablaba con los de aquel gobernador y los entendía muy bien, como á hombres de su propia lengua; así que Cortés la tomó aparte con Aguilar, y le prometió mas que libertad si le trataba verdad entre él y aquellos de su tierra, pues los entendía, y él la quería tener por su faraute y secretaria; y allende desto, le preguntó quién era y de dónde. Mariua, que así se llamaba después de cristiana, dijo que era de hácia Xalixco, de un lugar dicho Viluta, hija de ricos padres, y parientes del señor de aquella tierra; y que siendo moçacha la

habian hurtado ciertos mercaderes en tiempo de guerra, y traído á vender á la feria de Xicalanco, que es un gran pueblo sobre Coazacualco, no muy aparte de Tabasco; y de allí era venida á poder del señor de Potonchan. Esta Marina y sus compañeras fueron los primeros cristianos bautizados de toda la Nueva-España, y ella sola, con Aguilar, el verdadero intérprete entre los nuestros y los de aquella tierra. Certificado Cortés que tenía cierto y leal faraute en aquella esclava con Aguilar, oyó misa en el campo, puso cabe sí á Teudilli, y después comieron juntos; y en comiendo quedáronse entrambos en su tienda con las lenguas y otros muchos españoles é indios; y díjoles Cortés cómo era vasallo de don Carlos de Austria, emperador de cristianos, rey de España y señor de la mayor parte del mundo, á quien muchos y muy grandes reyes y señores servían y obedescían, y los demás príncipes holgaban de ser sus amigos, por su bondad y poderío; el cual, teniendo noticia de aquella tierra y del señor della, lo enviaba allí para visitarle de su parte, y decirle algunas cosas en secreto, que traía por escrito, y que holgaria de saber; por eso que lo hiciese saber luego á su señor, para ver dónde mandaba oír la embajada. Respondió Teudilli que holgaba mucho de oír la grandeza y bondad del señor Emperador; pero que le hacia saber cómo su señor Moteczuma no era menor rey ni menos bueno; antes se maravillaba que hobiese otro tan gran príncipe en el mundo; y que pues así era, él se lo haría saber para entender qué mandaba hacer del embajador y su embajada; ca él confiaba en la clemencia de su señor, que no solo se holgaria con aquellas nuevas, mas que aun haría mercedes al que las traía. Tras esta plática hizo Cortés que los españoles saliesen con sus armas en ordenanza al paso y son del píforo y atambor y escaramuzasen, y que los de caballo corriesen, y se tirase la artillería; y todo á fin que aquel gobernador lo dijese á su rey. Los indios contemplaron mucho el traje, gesto y barbas de los españoles. Maravillábanse de ver comer y correr á los caballos. Temían del resplandor de las espadas. Caíanse en el suelo del golpe y estruendo que hacía la artillería, y pensaban que se hundía el cielo á truenos y rayos; y de las naos decían que venía el dios Quezalcoatl con sus templos á cuestras; que era dios del aire, que se habia ido, y le esperaban. Hecho que fué todo esto, Teudilli despachó á Méjico á Moteczuma con lo que habia visto y oído, é pidiéndole oro para dar al capitán de aquella nueva gente, y era porque Cortés le preguntó si Moteczuma tenía oro. E como respondió que sí, «envíeme, dice, dello; ca tenemos yo y mis compañeros mal de corazón, enfermedad que sana con ello.» Estas mensajerías fueron en un día y una noche del real de Cortés á Méjico, que hay setenta leguas y mas de camino, y llevaron pintada la hechura de los caballos y del caballo y hombre encima, la manera de las armas, qué y cuántos eran los tiros de fuego, y qué número habia de hombres barbudos. De los navios ya avisó así como los vió, diciendo qué tantos, y qué tan grandes eran. Todo esto hizo Teudilli pintar al natural en algodón tejido para que Moteczuma lo viese. Llegó tan presto esta mensajería tan léjos, porque estaban puestos de trecho á trecho hombres, como postas de caballo, que

de mano en mano daba uno á otro el lienzo y el recado, y así volaba el aviso. Mas se corre así que por la posta de caballos, y es mas antigua costumbre que la de los caballos. Tambien envió este gobernador á Moteczuma los vestidos y muchas de las otras cosas que Cortés le dió, las cuales se hallaron después en su recámara.

El presente y respuesta que Moteczuma envió á Cortés.

Despachados que fueron los mensajeros y prometida la respuesta dentro de pocos dias, se despidió Teudilli, y á dos ó tres tiros de ballesta del real de nuestros españoles hizo hacer mas de mil chozas de rama. Dejó allí dos hombres principales, como capitanes, con hasta dos mil personas, entre mujeres y hombres, de servicio; y fuése á Cotasta, lugar de su residencia y morada. Aquellos dos capitanes tenían cargo de proveer los españoles. Las mujeres amasaban y molían pan de centli, que es maíz. Guisaban frisoles, carne, pescado y otras cosas de comer. Los hombres traían la comida al real, y ni mas ni menos la leña y agua que era menester, y cuanta yerba podían comer los caballos, de la cual por toda aquella tierra están llenos los campos á todo tiempo del año. Y estos indios iban la tierra adentro á los pueblos vecinos y traían tantos bastimentos para todos, que era cosa de ver. Así pasaron siete y ocho dias con muchas visitas de indios, y esperando al Gobernador, y la respuesta de aquel tan gran señor como todos decían; el cual luego vino con un muy gentil presente y rico, que era de muchas mantas y ropetas de algodón blancas y de color y labradas, como ellos usan; muchos penachos y otras lindas plumas, y algunas cosas hechas de oro y pluma, rica y primamente obradas; cantidad de joyas y piezas de plata y oro, y dos ruedas delgadas, una de plata, que pesaba cincuenta y dos marcos, con la figura de la luna, y otra de oro, que pesaba cien marcos, hecha como sol, y con muchos follajes y animales de relieve; obra primísima. Tienen en aquella tierra á estas dos cosas por dioses, y danles el color de los metales que les semejan. Cada una dellas tenia hasta diez palmos de ancho y treinta de ruedo. Podía valer este presente veinte mil ducados ó pocos mas; el cual presente tenían para dar á Grijalva si no se fuera, segun decían los indios. Díjole por respuesta que Moteczuma, su señor, holgaba mucho de saber y ser amigo de tan poderoso príncipe como le decían que era el rey de España, y que en su tiempo aportasen á su tierra gentes nuevas, buenas, extrañas y nunca vistas, para hacerles todo placer y honra. Por tanto, que viese lo que habia menester, el tiempo que allí pensaba estar, para sí y para su enfermedad, y para su gente y navios; que lo mandaría proveer todo muy cumplidamente; y aun si en su tierra habia alguna cosa que le agradase para llevar á aquel su gran emperador de cristianos, que se le daría muy de buena voluntad; y que en cuanto á que se viesen y hablasen, que lo hallaba por imposible, á causa que como él estaba doliente, no podia venir á la mar, y que pensar de ir adonde él estaba era muy difícil y trabajosísimo, así por las muchas y ásperas sierras que habia en el camino, como por los despoblados grandes y estériles que tenia de pasar, donde forzado le era padecer hambre, sed y otras necesidades des-

tas. Y allende desto, mucha parte de la tierra por do había de pasar era de enemigos suyos, gente cruel y mala, que lo matarian sabiendo que iba como su amigo. Todos estos inconvenientes ó excusas le ponía Moteczuma y su gobernador á Cortés para que no fuese adelante con su gente, pensando engañarle así y estorballe el viaje, y espantalle con tales y tantas dificultades y peligros, ó esperando algun mal tiempo para la flota, que le constrñiese á irse de allí. Pero cuanto mas le contradecian, mas gana le ponian de ver á Moteczuma, que tan gran rey era en aquella tierra, y descubrir por entero la riqueza que imaginaba; y así como rescibió el presente y respuesta, dió á Teudilli un vestido entero de su persona y otras muchas cosas de las mejores que llevaba para rescatar, que enviase al señor Moteczuma, de cuya liberalidad y magnificencia tan grandes loores le decia. Y díjole que aun por solamente ver un tan bueno y poderoso rey era justo ir á do estaba, cuanto mas que le era forzado por hacer la embajada que llevaba del emperador de cristianos, que era el mayor rey del mundo. Y si no iba, no hacia bien su oficio ni lo que era obligado á ley de bondad y caballería, é incurriría en desgracia y odio de su rey y señor. Por tanto, que le rogaba mucho avisase de nuevo esta determinacion que tenia, porque supiese Moteczuma que no la mudaría por aquellos inconvenientes que le ponian, ni por otros muy mayores que le pudiesen recrescer. Que quien venia por agua dos mil leguas, bien podia ir por tierra setenta. Importunábale con esto, que enviase luego, para que volviesen presto los mensajeros, pues veía que tenía mucha gente de mantener, y poco que dalle á comer, y los navíos á peligro, y el tiempo se pasaba en palabras. Teudilli decia que ya despachaba cada día á Moteczuma con lo que se ofrecía, y que entre tanto no se congojase, sino que holgase y hubiese placer; que no tardaría el despacho y resolucion á venir de Méjico, bien que estaba léjos. Y que del comer no tuviese cuidado, que allí le proveerian abundantísimamente; y con esto le rogó mucho que, pues estaba mal aposentado en el campo y arenales, se fuese con él á unos lugares seis ó siete leguas de allí. Y como Cortés no quiso ir, fuése él, y estuvo allá diez dias esperando lo que Moteczuma mandaba.

De cómo supo Cortés que había bandos en aquella tierra.

En este comedio andaban ciertos hombres en un cerrillo ó médano de arena, de los cuales hay allí al rededor muchos; y como no se juntaban ni hablaban con los que estaban sirviendo los españoles, preguntó Cortés qué gente era aquella, que se extrañaba de llegar donde él y ellos estaban. Aquellos dos capitanes le dijeron que eran algunos labradores que se paraban á mirar. No satisfecho de la respuesta, sospechó Cortés que le mentaban, ea le pareció que traían gana de llegar á los españoles, y que no osaban por aquellos del Gobernador, y era ello así; que como toda la costa y aun la tierra dentro hasta Méjico estaba llena de las nuevas y extrañezas y cosas que los nuestros habían hecho en Pontonchan, todos deseaban verlos y hablalles; mas no se atrevían, por miedo de los de Culúa, que son los de Moteczuma. Así que envió á ellos cinco españoles que, ha-

ciendo señas de paz, los llamasen, ó por fuerza tomasen alguno y se le trajesen al real. Aquellos hombres, que serian cerca de veinte, holgaron de ver ir para ellos á los cinco extranjeros; y ganosos de mirar tan nueva y extraña gente y navíos, se vinieron al ejército y á la tienda del capitán muy de grado. Eran estos indios muy diferentes de cuantos hasta allí habían visto; porque eran mas altos de cuerpo que los otros, y porque traían las ternillas de entre las narices tan abiertas, que casi llegaban á la boca, donde colgaban unas sortijas de azabache ó ámbar cuajado ó de otra cosa así preciada. Traían asimismo horadados los labrios bajos, y en los agujeros unos sortijones de oro con muchas turquesas no finas; mas pesaban tanto, que derribaban los bezos sobre las barbillas y dejaban los dientes de fuera; lo cual, aunque ellos lo hacían por gentileza y bien parecer, los afeaba mucho en ojos de nuestros españoles, que nunca habían visto semejante fealdad, aunque los de Moteczuma también traían agujerados los bezos y las orejas, pero de chicos agujeros y con pequeñas rodezuelas. Algunos no tenían hendidas las narices, sino con grandes agujeros; mas empero todos tenían hechos tan grandes agujeros en las orejas, que podia muy bien caber por ellos cualquiera dedo de la mano, y de allí prendían cercillos de oro y piedras. Esta fealdad y diferencia de rostro puso admiracion á los nuestros. Cortés les hizo hablar con Marina, y ellos dijeron que eran de Cempoallan, una ciudad léjos de allí casi un sol: así cuentan ellos sus jornadas. Y que el término de su tierra estaba á medio camino en un gran río que parte mojones con tierras del señor Moteczumacin; y que su cacique lo había enviado á ver qué gente ó dioses venían en aquellos teucallis, que es como decir templos; y que no habían osado venir antes ni solos, no sabiendo á qué gente iban. Cortés les hizo buena cara y trató halagüeñamente, porque le parecieron bestiales, mostrando que se había holgado mucho en verlos, y en oírles la buena voluntad de su señor. Dióles algunas cosillas de rescate que llevasen, y mostróles las armas y caballos; cosa que nunca ellos vieron ni oyeron; y así, se andaban por el real hechos bobos mirando unas y otras cosas; y en todo esto no se trataban ni comunicaban ellos ni los otros indios. Y preguntada la india que servía de faraute, dijo á Cortés que no solamente eran de lenguaje diferente, mas que también eran de otro señor, no sujeto á Moteczuma sino en cierta manera y por fuerza. Mucho le plugo á Cortés con tal nueva, que ya él barruntaba por las pláticas de Teudilli que Moteczuma tenía por allí guerra y contrarios; y así, apartó luego en su tienda tres ó cuatro de aquellos que mas entendidos ó principales le parecieron, y preguntóles con Marina por los señores que había por aquella tierra. Ellos respondieron que toda era del gran señor Moteczuma, aunque en cada provincia ó ciudad había señor por sí, pero que todos ellos le pechaban y servían como vasallos y aun como esclavos; mas que muchos dellos, de poco tiempo á esta parte, le reconocían por fuerza de armas, y daban parias y tributo, que antes no solían, como era el suyo de Cempoallan y otros sus comarcas; los cuales siempre andaban en guerras con él por librarse de su tiranía; pero

no podían, que eran sus huestes grandes y de muy esforzada gente. Cortés, muy alegre de hallar en aquella tierra unos señores enemigos de otros y con guerra, para poder efetuar mejor su propósito y pensamientos, les agradeció la noticia que le daban del estado y ser de la tierra. Ofrecióles su amistad y ayuda, rogóles que viniesen muchas veces á su ejército, y despidiólos con muchas encomiendas y dones para su señor, y que presto le iría á ver y servir.

Cómo entró Cortés á ver la tierra con cuatrocientos compañeros.

Volvió Teudilli á cabo de diez dias, y trujo mucha ropa de algodón, y ciertas cosas de pluma bien hechas, en cambio de lo que enviara á Méjico, y dijo que se fuese Cortés con su armada, porque era excusado por entonces verse con Moteczuma, y que mirase qué era lo que quería de la tierra, y que se le daría; y que siempre que por allí pasase harían lo mesmo. Cortés le dijo que no haría tal, y que no se iría sin hablar á Moteczuma. El Gobernador replicó que no porfiase mas en ello, y con tanto se despidió; y luego aquella noche se fué con todos sus indios é indias que servían y proveían el real; y cuando amaneció estaban las chozas vacías. Cortés se receló de aquello, y se aperció á batalla; mas como no vino gente, atendió á proveer de puerto para sus naos, y á buscar buen asiento para poblar; ca su intento era permanecer allí y conquistar aquella tierra, pues había visto grandes muestras y señales de oro y plata y otras riquezas en ella; mas no halló aparejo ninguno en una gran legua á la redonda, por ser todo aquello arenales, que con el tiempo se mudan á una parte y á otra, y tierra anegadiza y húmeda, y por consiguiente de mala vivienda. Por lo cual despachó á Francisco de Montejo en dos bergantines, con cincuenta compañeros y con Anton de Alaminos, piloto, á que siguiese la costa, hasta topar con algun razonable puerto y buen sitio de poblar. Montejo corrió la costa sin hallar puerto hasta Pánuco, si no fué el abrigo de un peñol que estaba salido en mar. Volvióse al cabo de tres semanas, que gastó en aquel poco camino, huyendo de tan mala mar como había navegado; porque dió en unas corrientes tan temibles, que, yendo á vela y á remo, tornaban atrás los bergantines; pero dijo cómo le salían los de la costa, y se sacaban sangre, y se le ofrecían en pajuelas por amistad ó deidad; cosa amigable. Harto le pesó á Cortés la poca relacion de Montejo; pero todavía propuso de ir al abrigo que decia, por estar cerca dél dos buenos ríos para agua y trato, y grandes montes para leña y madera, muchas piedras para edificar, y muchos pastos y tierra llana para labranzas. Aunque no era bastante puerto para poner en ella contratacion y escala de las naves, si poblaban, por estar muy descubierta y travesía del norte, que es el viento que por allí mas corre y daña. De manera pues que como se fueron Teudilli y los otros de Moteczuma, dejándolo en blanco, no quiso que, ó le faltasen vituallas allí, ó diese las naos al través; y así, hizo meter en los navíos toda su ropa, y él, con hasta cuatrocientos y con todos los caballos, siguió por donde iban y venían aquellos que le proveían; y á tres leguas que anduvo, llegó á un muy hermoso río, aunque no muy hondo, porque se pudo

vadear á pié. Halló luego, en pasando el río, una aldea despoblada, que la gente con miedo de su ida había echado á huir. Entró en una casa grande, que debía ser del señor, hecha de adobes y maderos, los suelos sacados á mano mas de un estado encima de la tierra, los tejados cubiertos de paja, mas de hermosa y extraña manera; por debajo tenía muchas y grandes piezas, unas llenas de cántaros de miel, de centli, frísoles y otras semillas, que comen, y guardan para provision de todo el año; y otras llenas de ropa de algodón y plumajes, con oro y plata en ellos. Mucho desto se halló en las otras casas, que también eran casi de aquella mesma hechura. Cortés mandó con público pregon que nadie tocase cosa ninguna de aquellas, so pena de muerte, excepto á los bastimentos, por cobrar buena fama y gracia con los de la tierra. Había en aquella aldea un templo, que parecía casa en los aposentos, y tenía una torrecilla maciza con una como capilla en lo alto, adonde subían por veinte gradas, y donde estaban algunos ídolos de bulto. Halláronse allí muchos papeles, del que ellos usan, ensangrentados, y mucha otra sangre de hombres sacrificados, á lo que Marina dijo, y también se hallaron el tajón sobre que ponían los del sacrificio, y los navajones de pedernal con que los abrían por los pechos, y les sacaban los corazones en vida, y los arrojaban al cielo como en ofrenda. Con cuya sangre untaban los ídolos y papeles que ofrecían y quemaban. Grandísima compasión y aun espanto puso aquella vista á nuestros españoles. Deste lugarejo fué á otros tres ó cuatro, que ninguno pasaba de docientas casas, y todos los halló desiertos, aunque poblados de bastimentos y sangre como el primero. Tornóse de allí, porque no hacía fruto ninguno, y porque era tiempo de descargar los navíos y de enviarlos por mas gente, y porque deseaba asentar ya: detúvose en esto obra de diez dias.

Cómo dejó Cortés el cargo que llevaba.

Como Cortés fué vuelto adonde los navíos estaban con los demás españoles, hablóles á todos juntos, diciéndole que ya veían cuánta merced Dios les había hecho en guiarlos y traerlos sanos y con bien á una tierra tan buena y tan rica, según las muestras y apariencias habían visto en así breve espacio de tiempo, y cuán abundosa de comida, poblada de gente, mas vestida, mas polida y de razon, y que mejores edificios y labranzas tenían de cuantas hasta entonces se habían visto ni descubiertas en Indias; y que era de creer ser mucho mas lo que no veían que lo que parecía, por tanto que debían dar muchas gracias á Dios y poblar allí, y entrar la tierra adentro á gozar la gracia y mercedes del Señor; y que para lo poder mejor hacer, le parecía asentar al presente allí, ó en el mejor sitio y puerto que hallar pudiesen, y hacerse muy bien fuertes con cerca y fortaleza para defenderse de aquellas gentes de la tierra, que no holgaban mucho con su venida y estada; y aun también para desde allí poder con mas facilidad tener amistad y contratacion con algunos indios y pueblos comarcas, como era Cempoallan y otros que había contrarios y enemigos de la gente de Moteczuma, y que asentando y poblando, podían descargar

los navíos, y enviarlos luego á Cuba, Santo Domingo, Jamáica, Boriquen y otras islas, ó á España por mas gente, armas y caballos, y por mas vestidos y bastimentos; y además desto, era razon de enviar relacion y noticia de lo que pasaba á España, al Emperador rey, su señor, con la muestra de oro y plata y cosas ricas de pluma que tenían; y para que todo esto se hiciese con mayor autoridad y consejo, él queria, como su capitán, nombrar cabildo, sacar alcaldes y regidores, y señalar todos los otros oficiales que eran menester para el regimiento y buena gobernacion de la villa que habian de hacer; los cuales rigiesen, vedasen y mandasen hasta tanto que el Emperador proveyese y mandase lo que mas á su servicio conviniese; y tras esto, tomó la posesion de toda aquella tierra con la demás por descubrir, en nombre del emperador don Carlos, rey de Castilla. Hizo los otros autos y diligencias que en tal caso se requerian, é pidiólo así por testimonio á Francisco Fernandez, escribano real, que presente estaba. Todos respondieron que les pareció muy bien lo que habia dicho, y loaban y aprobaban lo que queria hacer; por tanto, que lo hiciese así como lo decia, pues ellos habian venido con él para le seguir y obedecer. Cortés entonces nombró alcaldes, regidores, procurador, alguacil, escribano y todos los demás oficios á cumplimiento de cabildo entero, en nombre del Emperador, su natural señor; y les entregó luego allí las varas, y puso nombre al concejo la villa rica de la Veracruz, porque el viérnes de la Cruz habian entrado en aquella tierra. Tras estos autos, hizo luego Cortés otro ante el mismo escribano y ante los alcaldes nuevos, que eran Alonso Fernandez Portocarrero y Francisco de Montejo, en que dejó, disistió y cedió en manos y poder dellos, y como justicia real y ordinaria, el mando y cargo de capitán y descubridor que le dieron los frailes jerónimos, que residian y gobernaban en la isla Española por su majestad; y que no queria usar del poder que tenia de Diego Velazquez, lugarteniente de gobernador en Cuba por el almirante de las Indias, para rescatar y descubrir, buscando á Juan de Grijalva, por cuanto ninguno de todos ellos tenia mando ni jurisdiccion en aquella tierra, que él y ellos acababan de descubrir, y comenzaban á poblar en nombre del rey de Castilla, como sus naturales y leales vasallos; y así lo pidió por testimonio, y se lo dieron.

Cómo los soldados hicieron á Cortés capitán y alcalde mayor.

Los alcaldes y oficiales nuevos tomaron las varas y posesion de sus oficios, y se juntaron luego á cabildo, segun y como en las villas y lugares de Castilla se suele y acostumbra juntar el concejo, y hablaron y trataron en él muchas cosas tocantes al provecho comun y bien de la república, y al regimiento de la nueva villa y poblacion que hacian; y entre ellas acordaron hacer su capitán y justicia mayor al mismo Fernando Cortés, y darle poder y autoridad para lo que tocase á la guerra y conquista, entre tanto que el Emperador otra cosa acordase y mandase; y así, que con este acuerdo, voluntad y determinacion, fueron luego otro día á Cortés, todo junto el regimiento y concejo, y le dijeron cómo ellos tenian necesidad, entre tanto que el Emperador otra cosa proveia ó mandaba, de tener un caudillo para

la guerra, y que siguiese la conquista y entrada por aquella tierra, é que fuese su capitán, su cabeza, su justicia mayor, á quien acudiesen en las cosas arduas y dificultosas, y en las diferencias que ocurriesen; y que pues esto era necesario y cumplido, así al pueblo como al ejército, que le mucho rogaban y encargaban que lo fuese él, pues en él concurrían mas partes y calidades que en otro ninguno, para los regir y mandar y gobernar, por la noticia y experiencia que tenia de las cosas, después y antes que le conociesen en aquella jornada y flota; y que así se lo requerian, y si menester era, se lo mandaban, porque tenían por muy cierto que Dios y el Rey serian muy servidos que él aceptase y tuviese aquel cargo y mando; y ellos recibirian buena obra, y quedarían contentos y satisfechos que serian regidos con justicia, y tratados con humildad, acaudillados con diligencia y esfuerzo, y que para ello todos ellos le eligian, nombraban y tomaban por su capitán general é justicia mayor, dándole la autoridad posible y necesaria, y sometiéndose debajo de su mano, jurisdiccion y amparo. Cortés aceptó el cargo de capitán general y justicia mayor á pocos ruegos, porque no deseaba otra cosa mas por entonces. Elegido pues que fué Cortés por capitán, le dijo el cabildo que bien sabia cómo hasta estar de asiento y conocidos en la tierra, no tenían de qué se mantener sino de los bastimentos que él traía en los navíos; que tomase para sí y para sus criados lo que hubiese menester ó le pareciese, y lo demás se tasase en justo precio; é se lo mandase entregar para repartir entre la gente, que á la paga todos se obligarian, ó lo sacarian de monton, después de quitado el quinto del Rey; y aun también le rogaron que se apreciase los navíos con su artillería en un honesto valor, para que de comun se pagasen, y de comun sirviesen en acarrear de las islas pan, vino, vestidos, armas, caballos, y las otras cosas que fuesen menester para el ejército y para la villa; porque así les saldria mas barato que trayéndolo mercaderes, que siempre quieren llevar demasiados y excesivos precios; y si esto hacia, les haria muy gran placer y buena obra. Cortés les respondió que cuando en Cuba hizo su matalotaje y basteció la flota de comida, que no lo habia hecho para revénderselo, como acostumbran otros, sino para dárselo, aunque en ello habia gastado su hacienda y empeñádose; por tanto, que lo tomasen luego todo; que él mandaria y mandaba á los maestres y escribanos de las naos que acudiesen con todos los bastimentos que en ellas habia, al cabildo; y que el regimiento lo repartiése igualmente por cabezas á raciones, sin mejorar ni aun á él mismo; porque en semejante tiempo y de tal comida, que no es para mas de sustentar las vidas, tanto ha menester el chico como el grande, el viejo como el mozo. De manera que, aunque debia mas de siete mil ducados, se lo daba gracioso; y cuanto á lo de los navíos, dijo que se haria lo que mas conviniese á todos, porque no disponia dellos sin primero hacérselo saber. Todo esto hacia Cortés por ganarles siempre mas las voluntades y bocas, que habia muchos que no le querian bien; aunque á la verdad, él era de suyo largo en estos gastos de guerra con sus compañeros.

El recibimiento que hicieron á Cortés en Cempoallan.

No les pareciendo buen asiento aquel donde estaban, para fundar la villa, acordaron de pasarse á Aquiahuiztlan, que era el abrigo del peñon que decia Montejo; y así, mandó luego Cortés meter en los navíos gente que los guardase, y la artillería y lo demás todo que estaba en tierra, y que se fuesen allá, y él que iria por tierra aquellas ocho ó diez leguas que habia del un cabo al otro, con los caballos, y con cuatrocientos compañeros, y dos medios falconetes, y algunos indios de Cuba. Los navíos se fueron costa á costa, y él echó hácia do le habian dicho que estaba Cempoallan, que era derecho á do el sol se pone, aunque arrojaba algo para ir al peñon; y á tres leguas andadas, llegó al rio que parte término con tierras de Moteczuma. No halló paso, y bajóse á la mar por vadearle mejor en la reventazon que hace al entrar en ella; y aun allí tuvo trabajo, porque pasaron á volapié. Pasados, siguieron la orilla del rio arriba, porque no pudieron la del mar, por ser tierra anegadiza. Toparon cabañas de pescadores y casillas pobres, y algunas labranzas pequenuelas; mas á legua y media salieron de aquellos lagunajos, y entraron en unas muy buenas y muy hermosas vegas, y por ellas andaban muchos venados. Prosiguiendo siempre su camino por el rio, y creyendo hallar á la ribera del algun buen pueblo, vieron en un cerrito hasta veinte personas. Cortés entonces envió allá cuatro de caballo, y mandóles que si haciéndoles señal de paz, huiesen, corriesen tras ellos, y le trujesen los que pudiesen, porque era menester para lengua, y para guía del camino y pueblo; que iban ciegos y á tino, sin saber por dó echar á poblado. Los de caballo fueron, y ya que llegaban junto al cerrillo, y los voceaban y señalaban que iban de paz, huyeron aquellos hombres, medrosos y espantados de ver cosa tan grande y alta, que les parecia mostro, y que caballo y hombre era toda una cosa; mas como la tierra era llana y sin árboles, luego los alcanzaron, y ellos se rindieron como no traian armas; y así, los trajeron todos á Cortés. Tenian las orejas, narices y rostros con así grandes y feos agujeros y cercillos, como los otros que dijeron ser de Cempoallan; y así lo dijeron ellos, y que estaba cerca la ciudad. Preguntados á qué venian, respondieron que á mirar; y por qué huían, que de miedo de gente no conocida. Cortés los aseguró entonces, y les dijo cómo él iba con aquellos pocos compañeros á su lugar, á ver y hablar á su señor como amigos, con mucho deseo de conocelle, pues no habia querido venir, ni salir del pueblo; por eso que le guiasen. Los indios dijeron que ya era tarde para llegar á Cempoallan; mas que le llevarian á una aldea que estaba de la otra parte del rio y se parecia, donde, aunque era pequeña, ternia buena posada y comida por aquella noche para toda su compañía. Cuando llegaron allá, algunos de aquellos veinte indios se fueron, con licencia de Cortés, á decir á su señor cómo quedaban en aquel lugarejo, y que otro día tornarian con la respuesta. Los demás se quedaron allí para servir y proveer los españoles y nuevos huéspedes; y así, los hospedaron y dieron bien de cenar. Cortés se recogió aquella noche lo mejor y mas fuerte que pudo. La mañana siguiente, bien de mañana, vinieron á él hasta cien hombres, todos car-

gados de gallinas como pavos, y le dijeron que su señor se habia holgado mucho con su venida, y que por ser muy gordo y pesado para caminar, no venia; mas que le quedaba esperando en la ciudad. Cortés almorzó aquellas aves con sus españoles, y se fué luego por do le guiaron muy presto en ordenanza, y con los dos tirrillos á punto, por si algo aconteciese. Desde que pasaron aquel rio hasta llegar á otro caminaron por muy gentil camino; pasáronle también á vado, y luego vieron á Cempoallan, que estaria lejos una milla, toda de jardines y fresca y muy buenas huertas de regadío. Salieron de la ciudad muchos hombres y mujeres, como en recibimiento, á ver aquellos nuevos y mas que hombres. Y dábanles con alegre semblante muchas flores y frutas muy diversas de las que los nuestros conocian; y aun entraban sin miedo entre la ordenanza del escuadron; y desta manera, y con este regocijo y fiesta, entraron en la ciudad, que toda era un verjel, y con tan grandes y altos árboles, que apenas se parecian las casas. A la puerta salieron muchas personas de lustre, á manera de cabildo, á los recibir, hablar y ofrescer. Seis españoles de caballo, que iban adelante un buen pedazo, como descubridores, tornaron atrás muy maravillados, ya que el escuadron entraba por la puerta de la ciudad, y dijeron á Cortés que habian visto un patio de una gran casa chapado todo de plata. El les mandó volver, y que no hiciesen muestra ni milagros por ello, ni de cosa que viesen. Toda la calle por donde iban estaba llena de gente, abobada de ver caballos, tiros y hombres tan extraños. Pasando por una muy gran plaza, vieron á mano derecha un gran cercado de cal y canto, con sus almenas, y muy blanqueado de yeso de espejuelo y muy bien bruñido; que con el sol relucia mucho y parecia plata; y esto era lo que aquellos españoles pensaron que era plata chapada por las paredes. Creo que con la imaginacion que llevaban y buenos deseos, todo se les antojaba plata y oro lo que relucia. Y á la verdad, como ello fué imaginacion, así fue imagen sin el cuerpo y alma que deseaban ellos. Habia dentro de aquel patio ó cercado una buena hilera de aposentos, é al otro lado seis ó siete torres, por sí cada una, la una dellas mucho mas alta que las otras. Pasaron pues por allí callando muy disimulados, aunque engañados, y sin preguntar nada, siguiendo todavía á los que guiaban, hasta llegar á las casas y palacio del señor. El cual entonces salió muy bien acompañado de personas ancianas y mejor ataviadas que los demás, y á par de sí dos caballeros, segun su hábito y manera, que le traian del brazo. Como se juntaron él y Cortés, hizo cada uno su mesura y cortesía al otro, á fuer de su tierra, y con los farantes se saludaron en breves palabras; y así, se tornó luego á entrar en palacio, y señaló personas de aquellas principales que aposentasen y acompañasen al capitán y á la gente; los cuales llevaron á Cortés al patio cercado que estaba en la plaza; donde cupieron todos los españoles, por ser de grandes aposentos y buenos. Como fueron dentro se desengañaron, y aun se corrieron los que pensaron que las paredes estaban cubiertas de plata. Cortés hizo repartir las salas, curar los caballos, asentar los tiros á la puerta, y en fin, fortalecerle allí como en real y cabe los enemigos,